

Insuperable capítulo seis

Creo en los números

Joseph Roth

También creo en los números y en el enigma de sus puentes, en el andamiaje invisible que puede estar en un sitio y en todos al mismo tiempo. Si empecé a creer en el Número fue por casualidad y por una anécdota —un libro— que me hacía sentir el peor de los lectores por no terminar de leerlo, o más grave aún: ni siquiera llegar a la mitad. Algo, sin embargo, consolaba mi falta de disciplina. Siendo uno de los libros más citados del mundo, también es cierto que se trata del menos leído de comienzo a fin. Comprobé esa fama con una experiencia que le avergonzaría confesar a cualquier lector. Desde cuando empecé a leer el *Quijote* nunca pude leer más allá del capítulo seis.

Por el número seis entendemos aquel capítulo donde el Cura y el Barbero hacen un escrutinio de la biblioteca —Cervantes la llama librería— de Don Quijote, y queman los libros que no les parecen adecuados para su dueño, atribuyéndoles la causa de su locura. Gracias a la quema conocemos los libros apreciados por el protagonista y, probablemente, por el mismo Cervantes. El asunto es que, sin tener claro el motivo, yo no podía pasar de este capítulo seis desde que intenté leer la novela a los doce años. A esa edad prefería revisar las maravillosas ilustraciones de Gustav Doré que contenía la edición mexicana, en cuatro tomos, de la biblioteca de mi padre. Los dragones, hadas y gigantes que revoloteaban en torno al Caballero de la Triste Figura, leyendo en su sillón, es una de las imágenes que entreveo cada vez que encuentro a alguien con un libro en las manos, donde sea que esté. Alrededor de un lector siempre imagino duendes y, como si los conjurara pronunciando la palabrita monstruosa, endriagos. Pero en lo que respecta a mi lectura del Quijote, solamente llegaba hasta el capítulo seis. No era tan mal lector: devoraba todo libro apenas caía en mis manos. Y aún así, pese a que cada cierto tiempo volvía a intentar la lectura del Quijote con un nuevo empuje, por si ocurría el milagro, nunca pasaba del capítulo seis. Llegué incluso a saberme de memoria el largo primer párrafo de la novela, los juegos laberínticos de palabras de Alonso Quijano, la escena en la que es armado caballero don Quijote en la primera venta, e incluso podía enumerar los libros que

expurgaban para enviar al fuego, precisamente en el capítulo seis, el Cura y el Barbero. Me sorprendía que se pudieran tirar libros por una ventana y quemarlos como si fueran bichos rabiosos de los que conviene mantenerse a salvo. A tal punto me sorprendía la escena que empecé a ver la biblioteca de mi padre como si se tratara de una especie de cárcel donde los feroces libros debían permanecer encerrados para evitar desmanes. A este encarcelamiento venía a sumarse la complicidad de mi madre. Cada vez que dejábamos un libro en la sala o en las habitaciones, nos ordenaba que inmediatamente lo devolviéramos al respectivo anaquel de la biblioteca. Era una orden incuestionable, más que con el desorden de la cama o la ropa sin colgar. Si a eso le sumaba el efecto hipnótico que ejercía sobre mí la fantasía del bestiario dibujado por Doré, era posible que hubiera mucho de cierto en esa advertencia de que si los libros quedaban fuera de la biblioteca, en algún momento de la noche, y sin control, saldrían de ellos extraños monstruos que perturbarían nuestros sueños.

Conforme pasó el tiempo —aunque yo siguiera sin superar el capítulo seis— este encarcelamiento perdió su dramatismo. Me intrigó más la quema de libros. Pobre Quijote, pensaba suponiendo lo que sentiría mi padre si le llegara a ocurrir algo parecido con los libros de su biblioteca. Porque si lo pensamos bien, no sólo es desproporcionado el hecho de quemar libros, sino que es un abuso entrometerse con la propiedad de los libros reunidos a lo largo de una vida, más aún en la época de

Cervantes, donde un libro era en efecto un objeto muy caro.

Quizás la quema de las novelas de caballería del capítulo seis era como una puerta que me advertía de una frontera peligrosa. Si la pasaba podría venir a dar, también, en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, que es el imaginar que todo lo relatado en los libros fue real en su momento, e incluso que la vida es tal como se la retrata en ellos. El capítulo se volvía admonitorio. Así que dejaba el *Quijote* y salía a andar en bicicleta. Poco después volvía a casa de noche y, a pesar de todo, me moría de ganas de abrir otro libro. Pasaron unos cuantos años de lecturas entre este *Quijote* muy bien leído —sólo hasta el capítulo seis— y decenas de novelas devoradas de cabo a rabo, incluso enormes. Leía novelones rusos de los que no recuerdo nada salvo la palabra *versta*, la medida rusa aproximada para kilómetro, y menos aún sus intrincados nombres, apelativos y apodos que giraban en un tornado de términos. El círculo vicioso de novelones y del insuperable capítulo seis del *Quijote* continuó hasta que un día, sin querer, vine a dar en el más loco hallazgo que diera un lector en el mundo personal de sus lecturas. Y de sus números.

Entre varios libros que se consideran deudores de Cervantes, —desde los clásicos *Tristram Shandy* o *Jacques el Fatalista*, llegando a nuestros contemporáneos *Juegos de la edad tardía*, de Luis Landero, o el *Obabakoak* de Bernardo Atxaga— es la novela de Flaubert, *Madame Bovary*, uno de los ejemplos donde se ha asimilado con mayor dramatismo algo que,

precisamente al llamarse «bovarismo», representa el aspecto más visible del mundo de Don Quijote. Se trata de la fantasía de suponer que es real y posible lo que leemos. E incluso más: confiar en que nuestra vida logrará esos sueños tan preciados que no tienen ningún vínculo con la realidad. El extremo de esa ficción se toca con el extremo de nuestra vida, porque de alguna manera todos pasamos por lo mismo en determinadas épocas. La pequeña Emma Bovary estaba aquejada del mal quijotesco. Informado de esto, empecé a leer la novela de Flaubert con mucha curiosidad. No está de más decir que previamente había intentado releer el Quijote. Como si tropezara de nuevo con el mismo zapato y me dijera «ah, eres tú», tampoco pude pasar del capítulo seis. Conocía de mi mal, vaya si lo conocía, así que tomé *Madame Bovary* y acepté mi condena mientras empezaba a disfrutar el minucioso arrebatado envolvente de esa araña llamada Flaubert.

Retorcidos son los caminos de nuestras lecturas, e imprevistos. Esto pensé cuando descubrí que Emma Bovary también tenía sus libros causantes de tantos males. Así como Quijote tenía el *Amadís de Gaula*, el *Espejo de caballerías*, el *Tirante el Blanco*, la *Diana* de Montemayor, Emma contaba con *Pablo y Virginia*, *El genio del cristianismo* y las novelas de Walter Scott. Incluso Emma se llega a decir a sí misma: «lo he leído todo». Me moría de gusto con la hermosa deuda o inspiración de Flaubert en el carácter que Cervantes fijó para su Quijote. Ratifiqué una vez más la idea común de que todos los libros

son el mismo Libro. Por ese camino valoré mis relecturas de los seis primeros capítulos del Quijote, en el sentido de que habían sido bien aprovechadas como para ampliar la comprensión de ese presupuesto esencial de la psicología de Emma. Pero esto, esto precisamente, no sería nada cuando, de manera inesperada, como quien teme haber dejado abierta la puerta de su casa al salir y ya está lejos como para solucionar su duda, empecé a sentir un temblor. Todavía me estremezco al recordarlo. Sencillamente, no podía ser. El número del capítulo donde Flaubert habla de las lecturas que ensueñan a su heroína también es el número seis.

Sudando, como si de pronto descubriera que a lo mejor yo venía repitiendo un error de lectura desde los doce años, fui corriendo a coger mi edición de la novela de Cervantes. Tenía que comprobar si lo que yo había estado leyendo como capítulo seis podía haber sido el capítulo cinco, o incluso el siete, o hasta un error de imprenta, vaya a saber. Mi edición del Quijote es un sólo tomo panzón editado por El Ateneo de Buenos Aires en 1961, y que compré, créanmelo, con el propósito de leerlo completo al evitar los cuatro tomos solemnes de la lujosa edición de mi padre. Me decía esto antes de llegar al anaquel como si quisiera encontrar el consuelo de una posible errata. Mi memoria de lector pudo haberme jugado una mala pasada. Tantas relecturas pudieron acarrear una confusión, como la de quien mira a diario el mismo objeto, pero no lo observa, hasta que éste desaparece. Pero no. Abrí el libro y agité las páginas

con avidez. Allí estaba el famoso capítulo.

La puerta sellada del capítulo seis, que me impedía proseguir las aventuras de don Quijote, se abrió sin trabas bajo la pronunciación de ese conjuro. Algo debió pasar, alguna iniciación se cumplía. Dejé de leer inmediatamente *Madame Bovary*, y empecé resuelto la novela de Cervantes. Esta vez, nada ni nadie me pudo interrumpir. Así, dieciseis años después, pude terminar mi remota y trunca lectura de la novela de Cervantes.

Sin embargo, ahora que lo pienso bien y que me percató de lo que realmente se ocultaba detrás de todo esto, me sigo sorprendiendo de algo que, sencillamente, era sólo el comienzo de lo que me ha pasado los últimos años y que parece no tener fin. Y tiene que ver con mi creencia en los números. Por curiosidad he revisado algunas novelas. Sólo por esto puedo demostrar lo que me bautiza en mi nueva fe en los números.

Por ejemplo, abrí el capítulo seis de *Rayuela*, la novela de Julio Cortázar, y lo que allí se narra en página y media no es más que una de las tantas discusiones en contrapunto entre la Maga y Horacio Oliveira, entre la disposición al azar que tiene ella y la voluntad de él para revelarle sus adocenados resortes lógicos. Pero todavía más llamativa es la teoría del *libro-más* de Oliveira y la del *libro-menos* de la Maga, actitudes distintas frente a toda biblioteca, en la que la lectura de un nuevo libro se añade como *uno-más* en el todo, o bien, *uno-menos* de una totalidad que quisiéramos leer pero que nos sabemos incapaces

de cumplir, de «casas donde el olor a la tinta de imprenta acaba con la alegría del ajo». Y esto en el capítulo sexto de *Rayuela*. Como para preocuparse. La frase de Oliveira podía haber estado, sin ningún problema, en boca del Cura o del Barbero de Cervantes. ¿Empieza el azar? Quisiera creer que no, pero es imposible, porque allí no termina. Cortázar tradujo la novela de Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*. Reviso su capítulo seis, el último, titulado *Patientia*, donde Adriano espera a la muerte con ojos abiertos, y mientras la espera reconoce una forma de sobrevivencia y exclama aliviado: «No todos nuestros libros perecerán».

Dejo *Memorias de Adriano*. Dejo *Rayuela*. Algo debe andar mal. Tomo *Hotel Savoy*, de Joseph Roth, creyente de los números, y abro el capítulo seis. No se mencionan libros, lo que ya es un alivio. Gabriel Dan, narrador y protagonista, está enamorado de Stasia —bella mujer con nombre de seis letras—, que vive en un piso arriba suyo, en ese Hotel Savoy de 864 habitaciones. Dan conversa con ella, le habla de su extraño entierro aéreo al vivir en lo alto del hotel:

—Yo pertenezco a los que están enterrados en la parte alta —dice Dan—. ¿No vivo acaso en el sexto piso? ¿No me empuja el destino hacia el séptimo?.

A lo que Stasia, mucho más sensata, algo así como una Maga austrohúngara, concluye diciéndole de manera ambigua:

—Usted está muy lejos de aquí.

¿Lejos de dónde?, me pregunto. Y a solas en mi biblioteca

trato de responder lo que no respondió Dan: lejos del séptimo piso como si fuera el séptimo capítulo que siempre se me negaba.

No, esto no es azar. Es el seis.

No es azar cuando encuentro el respectivo capítulo de *El ángel que nos mira*, de Thomas Wolfe. Su protagonista, Eugene Gant, abandonará su pueblo y su familia por esa sangre salvaje que lo llevará de un lado a otro de la Tierra. Pero antes de partir, Eugene solía recogerse frente al fuego de la chimenea «escudriñando insaciablemente —dice Wolfe— los grandes volúmenes de la biblioteca, gozando con el olor a moho de las hojas y el penetrante aroma del cuero calentado». Y entonces, faltaba más, como si Cervantes sonriera desde lejos, Wolfe nos da cuenta de las credenciales de lector de su personaje: «Los libros que le entusiasmaban más eran tres enormes volúmenes en piel de becerro titulados *Ridpath's History of the World*».

Para cambiar el espectro tomo un clásico español. En el capítulo seis de *La Regenta* —novela que debe mucho, a su vez, a la atormentada Bovary— nos encontramos con otra biblioteca, la del Casino de Vetusta. Allí, aparte del impublicable poeta Trifón Cármenes, de calmados diccionarios, gramáticas y una colección incompleta de la *Revue des Deux Mondes*, los libros más interesantes están prohibidos de antemano, encerrados bajo llave en los cajones inferiores de un estante. Cuando llegaba algún nuevo visitante al Casino y quería curiosear los cajones, el conserje siempre daba la misma

respuesta, dejando claro que el escrutinio era inapelable:

—Se ha perdido la llave —decía.

En el respectivo seis de *El filo de la navaja*, de Somerset Maugham, la alusión a Cervantes raya casi en lo explícito, incluso con Cura y Biblioteca. El protagonista, Larry, luego de abandonar su país y la riqueza de su círculo familiar y sus amigos, va errante por varios países. En su larga estadía en Bonn empieza a leer a Goethe, Schiller, Heine, Hölderlin y Rilke. Pero cuando lee los peculiares textos místicos del Maestro Eckhart, el padre Ensheim le sugiere a Larry que vaya a su monasterio. «Permanecí allí tres meses —cuenta Larry—. Fui muy feliz. Aquella vida me gustaba. La biblioteca era buena y leí mucho». Pero como con Don Quijote, la biblioteca no fue suficiente. Abandonó el monasterio sin convertirse a ninguna religión y se marchó a Oriente, donde encontraría a los swamis de Ramakrisna y el camino de la luz. Una búsqueda quijotesca, por cierto.

Huyamos a otra novela. En el capítulo seis de *Ada o el ardor*, la bella Ada de Nabokov conduce a un tímido invitado —Van Veen— a la gran biblioteca del segundo piso de su casa en Ardis. Van se lamentaría de no poder dormir en las habitaciones aledañas a la biblioteca. Su padre, Daniel Veen, la rehuía porque en los libros temía encontrar el fantasma del abuelo de Van. Nabokov, temiendo acaso que nos diéramos con el fantasma de Cervantes en su capítulo seis, se escondió durante un par más de capítulos. Luego sabemos el escrutinio

de Ada y Van de libros que nunca encontraremos: admiran *Les Malheurs de Swann* y *Palace in Wonderland*, pero declaran como novelucha asquerosa a *Les amours du Docteur Mertoago*. Cuestión de gustos y de bibliotecas expurgadas.

También cuestión de confundir realidad con ficción, síndrome de Quijote que a su vez recoge Javier Marías en el capítulo seis de *Negra espalda del tiempo*. Pero la novela de Marías no está numerada por capítulos, saltará algún informado. Es cierto: Marías no numera. Pero basta contar los capítulos y llegar al sexto, que precisamente empieza diciendo: «dije tener la creencia de no haber confundido todavía nunca — sí, todavía nunca, es deliberada la incorrección—, la ficción con la realidad, lo cual no significa que todavía no me cueste, retrospectivamente, lograr evitar tal confusión». Y todo porque muy preocupado estaba por las consecuencias de una novela suya anterior, *Todas las almas*, para la que parece escrita esa memoria inventiva que es *Negra espalda del tiempo*. En esta novela uno de los temas más llamativos es la defensa de la ficción frente a tres tipos de mediadores del género novelístico: cineastas, editores y críticos, como si de Curas y Barberos se tratara. Hasta aquí con Marías, pero sin abandonar a Marías. Continuamos con una traducción suya —peligrosa casualidad ésta de los traductores— de una novela que declara su admiración por el Quijote: *Tristram Shandy* de Laurence Sterne. A primera vista, en el capítulo seis del *Tristram Shandy* no se incluyen títulos de libros ni se quema ninguno. Pero, cuidado,

no nos dejemos llevar por lo obvio. Encontraremos allí un argumento en defensa de sí misma como novela, un argumento para que el lector no deje de leerla, ni abandone o destruya el libro. El narrador decide hacer un pausa en su relato y se dirige atentamente al lector. «A medida que prosiga usted en mi compañía —dice Tristram Shandy—, el ligero trato que ahora se está iniciando entre nosotros se convertirá en familiaridad; y ésta, a menos que uno de los dos falle, acabará en amistad». Y luego añade: «Nada de cuanto me ha sucedido será estimado vano por su naturaleza ni tedioso en su narración. Por tanto, querido amigo y compañero mío, si juzga usted mi relato algo sobrio en sus comienzos, —aguante conmigo— y déjeme proseguir y contar mi historia a mi manera». Magnífica defensa de la novela llevada a cabo por Sterne en el capítulo seis de su obra, para que no la tiren por la ventana. Como podemos comprobar, se trata de un rastro más del invisible hilo que poco a poco nos lleva por el laberinto del capítulo seis. Quizá salimos. Quizá recién entramos. Somos el minotauro, el asesino, el hilo, Ariadna y el laberinto.

Pero no hay nada de qué preocuparse. De cuando en cuando, aparecen más capítulos seis que revelan ser parte de esta secreta hermandad. El seis abunda. Tanta coincidencia no responde a ese estado de asociaciones fulgurantes con las que son privilegiados los místicos y los ebrios. El más grande de todos los novelistas bebedores, Malcolm Lowry, tampoco podía escapar de la creencia en los números. Aunque su número

preferido es el siete, marcado en el caballo reincidente de *Bajo el volcán*, el capítulo seis de su novela tiende su puente hacia la red secreta que apenas se puede entrever. Así, en el centro mismo de su novela, el seis de Lowry nos habla incluso de dos bibliotecas, la portátil y formativa del joven Hugh —London, Conrad, Melville, o títulos como *Peer Gynt*— y la del mismo Cónsul. En la de éste último cambia la orientación de los libros hacia temas más enigmáticos y oscuros: *Dogma y ritual de Alta Magia*, *El culto de la serpiente*, el *Rig Veda* y libros de cabalística, junto a libros de Gogol, Shakespeare, Tolstoi o Blake. En realidad, este repertorio es como presentar a los parientes cosanguíneos que explican el aire de familia que tienen con el delirio poético, matemáticamente calculado, que es *Bajo el volcán*. Y no, no es coincidencia. En la famosa carta de Lowry a su editor, donde defendía la versión final de su novela frente a posibles cambios, él mismo explica el sentido que tenía la biblioteca de libros esotéricos en el capítulo seis: «Hemos llegado al corazón del libro —dice Lowry, y añade párrafos después:— El Cónsul le muestra a su hermano sus libros de alquimia y por un momento nos encontramos en una especie de farsa; nos queda la sensación de encontrarnos nada menos que ante la base mágica del mundo».

La más reciente manifestación del soporte mágico del mundo la encontré en *Los anillos de Saturno*, de W.G. Sebald. En su respectivo seis, luego de un vaivén de narraciones sobre el puente del Blyth y la destrucción de un jardín chino, Sebald se

centra en el poeta Swinburne. Soltero y enfermo por un grave ataque de nervios, se nos cuenta que Swinburne se trasladó a vivir a Putney Hill con un buen amigo, Watts Dunton. Los pocos invitados veían comer en silencio a un Swinburne adulto, absorto, indiferente al mundo. Al término de la comida, el poeta parecía despertar súbitamente y corría a su biblioteca, entusiasmado al tomar uno y otro libro. (No puedo dejar de encontrar aquí una queja velada —la secta tiene mano dura— contra el buen Dunton, que no sólo cuidaba hasta la correspondencia del poeta, sino que no se atrevió a realizar ningún escrutinio ni prohibición de libros al desastrado Swinburne).

Seis seis seis... Revolotearon a mi alrededor dragones, hadas y gigantes de Doré cuando descubrí la verdad de los números. Se había roto el candado de la caja de Pandora que los tenía maniatados y saltaban del ejemplar del Quijote al de Madame Bovary y a todos los demás como si se tratara de una plaga de grillos. En tanto, mientras seguían jugando a su antojo, yo trataba de sobreponerme a la idea, no sólo de que todos los libros son el Libro, como recordaba Borges, sino que, incluso más allá, los escritores son *el* escritor, condenado a hilar con su escritura todos los libros del mundo en un sólo Libro secreto y personal. Esos dos capítulos seis se ofrecían como una pista, un indicio que parecía decirme que había encontrado un puente invisible y turbador.

Pasado el primer asombro, la perplejidad de tanta

confabulación cosmopolita a costa de nuestra ignorancia y exclusión, este aparente extrañamiento de no saber lo que allí ocurría, mis sensaciones, no obstante, cambiaron por completo. Y cambiaron para bien. Sentí que volvía a los días acogedores de la biblioteca de mi casa de infancia. Lejos de ella, lejos también del tiempo en que era niño y fantaseaba con aquellos libros, sentí de pronto que el sitio donde me encontraba se cubría de un aire familiar. Lo que entendemos por hogar no es una casa o una ciudad, es un puente entre nuestro estado de ánimo y la realidad exterior. La naturaleza y el material del puente varía en cada caso. En éste, el puente era posible por los libros. Me permitían encontrar la llave secreta de su complicidad, como quien descubre clandestinamente los gestos de saludo de una secta, los realiza en medio de la calle y, de un momento a otro, empieza a ser correspondido por quienes menos lo espera. Y como con toda secta, la iniciación tomó su tiempo: años sin poder superar el capítulo seis del *Quijote*.

No es un mérito para lectores más afortunados y rigurosos que yo confesar los libros que nos han vencido, pero en mi caso se trataba de una victoria muy personal con resultado imprevisto. Después de haberme reído con el *Quijote*, también concluí la novela de Flaubert. Creo haberla disfrutado y entendido mejor por la mediación de la novela de Cervantes. No dejo de pensar que el desafortunado desenlace de la vida de Emma es demasiado cruel, no sólo por lo que le ocurre, sino porque no tuvo ningún Sancho que le llegara a decir que los

aristócratas que bailaban en La Vaubyessard no eran gigantes para esta muchacha de magníficos molinos de viento. Tampoco tuvo un lector que pudiera reírse de sus frustraciones para aligerar el drama de una vida insatisfecha. A los lectores que no caemos en esa confusión, nos esperan, por suerte, para nuestro disfrute o nuestro asombro, otros capítulos seis que quieren ser descubiertos en la complicada telaraña de las novelas. Por eso, no puedo negar que cada vez que cierro un libro y lo coloco religiosamente en los estantes de cualquier biblioteca, me salta la duda de que allí, al acecho, todavía hay algo no resuelto que nos espera.